

Increíble Marlene

Alfonso Grosso

Martes, diecisiete de abril de 1.930. Hotel Metropol. Cinco de la tarde. Fuera, llueve sobre la *Wilhelmstrasse* (siempre suele llover en Berlín en cualquier estación a partir de esa hora, cuando se encienden los escaparates y los arcos voltaicos se columbran lejanos, allá por *Unter den Linden* (bajo los tilos) iluminando aún a tréboles y corazones –al cabo de tres años lo hará a espadas y bastos – la puerta de Brandemburgo). Dentro, mullidas alfombras, fulgurantes arañas, los mórbidos divanes, y los *valets* con sordina paseando tarjetas de visita en bandejas de plata.

Josef Sternberg me ruega con una sonrisa de pasajero de *paquebot* que no me impaciente. *Marlene* se encuentra aún en el baño –el tercero de la jornada- pero en media hora estará en el *lobby* y me concederá la concertada entrevista en exclusiva. O.K.

Huele a lavanda, a tabaco turco, a edredón de plumas de ganso, a medias de seda natural, a ligueros parisienses, a *cresatén*, a té hindú, a gardenias, a heroína, a *rouge Pétale de rose*, a bergamota y un poco, muy poco todavía a *Marlene*, que comienza a bajar –diosa omnisciente- la escalera alfombrada en púrpura (*The Scarlett Empress*) para atravesar el *hall* vestida con una blusa verde con chorrera, una estrecha falda gris de espiquillas, color humo las medias y crema los zapatos con trabillas y botones ojo de gato.



Josef Von Sternberg hace la presentación y, sin ceremonias, el Ángel azul se sienta a mi lado para cruzar en seguida las piernas como nadie las había cruzado hasta ahora ni volverá nunca a hacerlo, y envolverme luego en la porcelana de Sajonia de sus ojos.

- Como no me importa confesar la edad, puede ahorrarse la pregunta: Veintiséis años. Nací el 27 de diciembre de 1.904, capricornio, en Berlín no en *Weimar* como suele decirse. Mi primer papel, en una obra de *Shakespeare*. No se asombre. Fui dirigida por *Max Eindhart* y decía en mi breve interpretación exactamente tres palabras: ¡Fuego, fuego, fuego!, una verdadera premonición.

Me embruja con el hechizo de su voz, su inconfundible voz, profunda como una sima ártica, quebrada en mortales medios tonos; la voz inolvidable de *The Laziest Girl in Town* y de *Lilí Marlen*.

- En 1.926, me casé. ¡Qué locura!, con *Rudolf Sieber*.

Josef Von Sternberg, sonrío y enciende un *Romeo y Julieta*.

- Le estás dando la entrevista hecha, cariño. Es él quien tiene que preguntar.

- Comprendo. Tienes razón. Empiece.

- Gracias, mi amor.

- Seré muy breve. En principio sólo dos preguntas. Si nos encontráramos viviendo en el último cuarto de siglo y dentro del contexto de una sociedad tecnificada, permisiva y tolerante, ¿se desnudaría en sus filmes como todas las artistas de esa época?

- ¡Ah, se trata de eso! ¡Qué estupidez, naturalmente que no! ¡Nunca! Y en una sociedad permisiva mucho menos. ¡El sexo al aire, *oh, mon chéri*, qué cosas! Mi sagrario sólo es visible a la hora de la profanación. O de la comunión.

- 
- Perdone madame ¿De qué color suelen ser sus cortinillas?
 - Blancas, siempre blancas. ¿De qué otro color podrían ser mis bragas? Bragas blancas; medias color humo o tabaco.
 - Y negras.
 - Sí, negras también. Mis ligueros , violeta.
 - ¿Su sujetador...?
 - No, por Dios, no uso sujetador. Jamás he usado sujetador. ¿No lo ha advertido?
 - Disculpe madame, vamos a darle ahora la vuelta al tiempo. Si Miguel Ángel, o Velázquez, o Rembrandt, o Goya le pidieran...
 - Oh, naturalmente que sí. Entonces sí me desnudaría, porque en tal caso yo dejaría de ser yo en sus lienzos. Marlene sería Miguel Ángel o Velázquez o Rembrandt o Goya en la misma medida que *Madame Bovary* es Flaubert, ¿o es que no entiende? Todas sus modelos eran conscientes de ser devoradas.
 - Una última pregunta, madame ¿De qué color es el vello de su pubis? Si es que puede saberse.
 - Azul, *mon chéri*, azul. ¿De qué otro color podría ser?

Continúa lloviendo sobre Berlín –sobre toda Prusia- una lluvia dulce, mansa y –aún- civilizada que charola los cúpricos tejados, las estatuas y las cúpulas de las iglesias. Fuera, en la Wilhelmstrasse, huele a heno, a tierra mojada, a cerveza, al polen del cercano *boulevard* bajo los tilos, y a Marlene. Fundamentalmente a Marlene.



Berlín, 1930.

Este artículo, apenas conocido en España, se publicó en la revista LUI hacia 1983.

(Nuestro agradecimiento a Alfonso Grosso Guzmán, hijo del escritor, por su amable y generosa colaboración)